

— Aumento del paro, que afecta a cerca de un 5 por ciento de la población activa, entre los que se cuentan una mayoría de negros y de jóvenes, con el consecuente agravamiento de la tensión social.

— Persistencia del alza de los precios (+6 por ciento anual), que desequilibra todas las estructuras de la máquina económica.

— Préstamos de dinero a un interés muy elevado.

— Desgaste del dólar minado por el déficit presupuestario (— nueve mil millones de dólares para el ejercicio que comienza el próximo primero de julio).

— Agravamiento del déficit de la balanza de pagos.

El descenso en la cotización ha sido provocado, más directamente, por la mengua de los beneficios de las sociedades durante el primer trimestre de 1970, mengua de un 10 por ciento como término medio. En el mes de abril, cuando las firmas de primer plano, como la General Motors (automóviles), Boeing (construcciones aeronáuticas), Bethlehem Steel (aceras), Allied Chemical (productos químicos), Control Data (ordenadores), Standard Oil of Indiana (petróleos), etcétera, anunciaron una disminución considerable de sus beneficios y, en algunos casos, hasta pérdidas, los pequeños y grandes accionistas americanos tuvieron miedo y empezaron a vender sus títulos.

¿Ha influido también el «crac» del I.O.S.?

El «crac» del principal fondo mundial de inversiones en valores bursátiles, el I.O.S. de Bernard Cornfeld, ha provocado una ola de desconfianza hacia todos los organismos de este tipo. Numerosos ahorradores, tanto en los Estados Unidos como en otros países, han tomado ya sus precauciones retirando los fondos que tenían colocados en la Bolsa. Ahora bien, estos fondos de inversiones controlan, por sí solos, un tercio de todas las inversiones de Wall Street. Al verse obligados a hacer frente a importantes solicitudes de reembolso por parte de su clientela, los fondos de inversiones norteamericanos han tenido que vender parte de su cartera para conseguir el líquido necesario para estos pagos. Dichas ventas de títulos han acentuado evidentemente la baja de la Bolsa.

¿Ha perdido confianza el «big business»? ¿Por qué?

El «big business», que había contribuido en gran parte al triunfo de Nixon, ha perdido, efectivamente, confianza en él.

La intervención en Camboya ha cristalizado el descontento entre los industriales y banqueros que deseaban el fin de la guerra en Asia: se han encontrado, por el contrario, con una extensión de las hostilidades.

Esta grave decepción política se ha conjugado con la inquietud que ya sentían respecto de la estrategia

económica, financiera y social de la Administración. Los grandes «managers» americanos estiman que la Casa Blanca no controla, ni mucho menos, la situación. El Presidente Nixon se revela incapaz de arbitrar entre sus consejeros, algunos de los cuales preconizan una continuación de la terapéutica deflacionista que agravará la caída de Wall Street, mientras que otros aconsejan un relanzamiento, que servirá para insuflar oxígeno a la Bolsa, pero que hará al dólar mucho más vulnerable.

La confusión ha llegado a tal punto que un personaje tan respetable como David Rockefeller, presidente de la Chase Manhattan Bank, convoca una conferencia de prensa para criticar al Presidente Nixon.



¿Es posible un nuevo 1929?

En la hora actual, el análisis de todos los datos de la coyuntura americana y mundial no permite a los expertos más autorizados formular un diagnóstico serio referente a las perspectivas de los próximos meses y ni siquiera de las próximas semanas. El impacto de los sucesos políticos es tal que trastorna los cálculos de los expertos mejor situados. La mayoría de los banqueros, financieros y hombres de negocios piensan que podrán superar las dificultades que atraviesa la Bolsa neoyorquina de aquí a algunos meses si Nixon consigue salir del avispero indochino como prometió a los dirigentes del «big business», a los que invitó a cenar el miércoles en la Casa Blanca. Entonces sería factible un proceso de saneamiento financiero y de relanzamiento económico.

El miércoles pasado, Wall Street tuvo un momento de recuperación: el Dow Jones subió más de treinta enteros.

Pero si Nixon no mantiene sus promesas, y se eterniza el conflicto vietnamita, el profeta del pesimismo podría tener razón. ■ JACQUES MORNARD.

**art
buch
wald**

NIXON Y LA BOLSA

WASHINGTON.—"Si tuviera dinero, ahora estaría comprando acciones", dijo el Presidente Nixon el pasado 28 de abril. Y desde que pronunciara esas palabras inmortales, el promedio industrial Dow-Jones ha bajado más de setecientos enteros. La opinión de la mayoría, entre los expertos de Wall Street, es que si el 28 de abril Nixon hubiera invertido dinero en el mercado de valores, esta mañana se habría tirado por una ventana de la Casa Blanca.

Un especialista en inversiones, inveterado trasnochador, me dijo:

—La única forma en que el Presidente hubiera podido ganar dinero era adquiriendo bonos de los Ferrocarriles de Camboya. Y yo le pregunté:

—¿Por qué cree usted que hizo tal declaración?

—Trataba evidentemente de reafirmar la fe en la bolsa de valores —repuso.

—¿Y por qué fracasó?

—Cada vez que el Presidente de los Estados Unidos encuentra tiempo para meterse con el mercado de valores, Wall Street tiembla de pánico. Y es natural. Después de su declaración, la gente se pregunta: ¿Diría algo semejante si el país no fuera realmente mal?

—Entonces, ¿cree usted que hubiera sido más positivo decir: "Si yo tuviera acciones, las vendería"?

—Ante semejante afirmación pienso que el promedio Dow-Jones hubiera subido hasta las nubes.

—El Presidente, sin embargo, debía saber que, al hacer esa declaración, la Bolsa iba a bajar.

—No. Desde la llegada de Nixon a la Casa Blanca, se ha abierto un foso en las comunicaciones entre él y Wall Street. El Presidente se halla tan perfectamente protegido por el personal de la Casa Blanca, que no tiene ni idea de lo que sucede en la Bolsa. Piensa que los que efectúan ventas en plena calle son una pequeña minoría de descontentos, holgazanes, incitadores de disturbios. Está muy lejos de creer que, en realidad, es el centro del país el que hace bajar a la Bolsa.

—La carta tuvo en el Presidente un efecto tremendo, ¿verdad?

—Bueno, resultó una sorpresa para él. Una vez publicada, incluso aceptó ver al director del Banco Chase Manhattan, el cual le dijo que, si no retiraba su famosa declaración acerca de comprar acciones, el promedio Dow-Jones bajaría hasta quinientos.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Se le vio preocuparse. Esa noche no pudo dormir. Se levantó temprano y, acompañado de su ayuda de cámara, se fue al monumento Lincoln, donde varios corredores de la firma Merrill, Lynch, Pierce, Fenner y Smith dormían sobre las gradas de piedra. Los despertó. Les dijo que comprendía sus problemas. Trató de explicarles por qué había decidido hacer aquella declaración...

—Pero, ¿le comprendieron ellos?

—Digamos que le escucharon. Pero no le prometieron ningún desfile con serpentinas y cintas para este año, en Nueva York.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)